

Sobre el poblamiento inicial de Sudamérica

Tom D. Dillehay

Al discutir los problemas y procesos del poblamiento pleistocénico de América Latina, se podrían adoptar numerosos enfoques. Por mi parte, en vez de dedicarme a las fechas de ingreso del hombre en ella, a sus modos económicos de adaptación, a sus patrones tecnoambientales, que requerirían de un examen detallado, he decidido ocuparme con varios temas amplios, polémicos, empíricos y ojalá relevantes. De ahí que examinaré la controversia relativa a la migración humana y la difusión de rasgos desde una perspectiva hemisférica, e intentaré identificar algunas de las causas de estos hechos (véanse Bryan, Castro y Ocampo, Dincauze, Haynes, Irving, 1985; Lynch, Schobinger, Dillehay y Meltzer).

¿Cuándo entraron los primeros seres humanos al Nuevo Mundo?, ¿cómo llegaron?, ¿qué tipos de tecnología, economía y organización social poseían?, ¿cómo se ajustaron a la vida animal y vegetal de la edad del hielo de las Américas y cuál fue el impacto que tuvieron sobre tales formas de vida? Durante medio siglo ha existido general consenso de que los afamados cazadores de megafauna de Clovis, armados con puntas de proyectil acanaladas, fueron los primeros en cruzar de Siberia a Alaska hace alrededor de 11.500 a 11.000 años, colonizando el Nuevo Mundo (Cincauze, Bryan, Irving). Sin embargo, si aceptamos este escenario, no tenemos forma de explicar cómo la técnica de la acanaladura alcanzó hasta Patagonia y Tierra del Fuego, en el extremo sur de Sudamérica, hacia 11.500-11.000 a.C., aproximadamente, cuando la misma técnica aparecía en Norteamérica. Tampoco hay cómo explicar por qué la evidencia para los sitios similares a Clovis en Alaska es tan escasa. Una alternativa es que los seres humanos hayan llegado más temprano, trayendo con ellos una cultura pre-Clovis, diferente y menos especializada, y que las puntas acanaladas se hayan dispersado con posterioridad (Bryan, Irving). Esta visión, no obstante es,

también, problemática, ya que no hay ningún registro consensualmente aceptado de actividad Pre-Clovis en Norteamérica.

A partir de los años cuarenta y en cada década, una nueva información arqueológica de sitios de Norteamérica y Sudamérica ha desafiado el dogma Clovis (Marshall). El resultado ha sido un largo y persistente debate, tan cargado emocionalmente como aquél sobre la antigüedad de los seres humanos en el Viejo Mundo. Lamentablemente, toda la controversia en las Américas puede ser reducida a un simple axioma: cada sitio pertenece al complejo Clovis o al complejo pre-Clovis, según lo determinen las fechas radiocarbónicas y rasgos diagnósticos. El más reciente enfrentamiento en este debate se origina en un pequeño número de sitios excavados a fines de los años setenta y comienzos de los ochenta, los cuales han producido fechas anteriores a 12.000 a.P. y evidencias sugerentes de un generalizado modo de vida de caza y recolección. Estos sitios son Bluefish Caves, en el Yukon del Canadá; Meadowcroft Rockshelter, en el sudeste de Pennsylvania; Pedra Furada y otros, en el nordeste del Brasil y Monte Verde en el sur de Chile. Sin embargo, ha sido de los sitios sudamericanos de los que han salido los desafíos a muchas de las presunciones de la vieja teoría e inflamado las pasiones de ambos lados del debate (Ardila y Politis, Borrero).

Existen varias razones para esta controversia: algunos investigadores citan diferencias conceptuales y epistemológicas en los enfoques de investigación y otros apuntan a cambios de paradigmas y conflictos en la disciplina, así como a la naturaleza de la investigación arqueológica (Meltzer). Las emociones se hallan profundamente ligadas a problemas y acusaciones que van mucho más allá de las meras diferencias teóricas. Gran parte de la discusión parece estar incitada por la calidad de la evidencia presentada por algunos investigadores del pre-Clovis y por el procedimiento de rechazo de sitios empleado por los proponentes de Clovis. Es decir, estos últimos defienden la idea de que la mayoría de las localidades pre-12.000 a.P. no representan más que depósitos disturbados, conteniendo materiales ecofactuales y arqueológicos revueltos. La validez de las fechas radiocarbónicas de los artefactos y de la asociación de estos materiales es cuestionada o derechamente rechazada. La verdad es que ha habido muchas localidades a las cuales se les ha imputado una fecha pre-Clovis, que contienen depósitos disturbados y que han producido fechas no válidas. Estas situaciones han llevado a muchos arqueólogos a adoptar una posición más escéptica en relación a cualquier determinación de un asentamiento como temprano. Los proponentes pre-Clovis replican que los defensores de la posición Clovis son aislacionistas y chauvinistas, quienes rechazan sitios con demasiada frecuencia, sin proporcionar evidencia científica apropiada para una refutación. Mezclado con este problema está la naturaleza destructiva de la investigación arqueológica: la excavación destruye mucha de nuestra

evidencia, haciendo muy difícil, si no imposible en muchos casos, verificar y replicar el contexto de los artefactos y las asociaciones, especialmente en sitios tempranos, donde, por lo general, hay sólo escasos vestigios de actividad humana. Sin ser demasiado pesimista, mucho de la disputa sobre la fecha de ingreso de los primeros americanos y sobre la evidencia arqueológica, ha servido para trivializar los procesos científicos de prueba, crítica y debate, desviándonos de otros importantes problemas. Así, crucial a cualquier entendimiento de la colonización humana del Nuevo Mundo es la migración de gente Clovis o la difusión de rasgos Clovis como, por ejemplo, las puntas de proyectil acanaladas, y cuándo uno u otro de esos hechos ocurrió. El primer proceso da cuenta de una fecha de 11.500 a.P.; el segundo, da cabida a la idea de una población más temprana, con los rasgos Clovis moviéndose a través del hemisferio. Después de todo, es la distribución del estilo acanalado de Clovis a través del hemisferio lo que ha conducido a muchos investigadores a creer que existe un fuerte vínculo cultural entre Norteamérica y Sudamérica en este tiempo, sugiriendo que el acanalamiento es, por su naturaleza, más importante y un problema que necesita más explicación que lo que son otros rasgos, tales como instrumentos de hueso, rasgos de pozos y características internas de los sitios. En efecto, ha habido una tendencia a olvidar que ciertos rasgos que son valiosos para propósitos cronológicos y tipológicos, especialmente los estilos de puntas, pueden no haber sido necesariamente importantes en un sentido cultural más amplio.

Al investigar la migración norte-sur de los primeros americanos, los arqueólogos han otorgado demasiado énfasis a la continuidad de puntas de proyectil, a expensas de la discontinuidad e invención de otros rasgos (Dillehay y Meltzer). Un problema importante es la tendencia a construir vínculos y períodos culturales válidos para todo el hemisferio, a pesar de la falta de datos en muchas regiones y del escaso entendimiento de aquellos rasgos que no tienen que ver con puntas de proyectil. De hecho, si uno examina el primer descubrimiento de culturas arqueológicas del pleistoceno tardío en áreas recién investigadas, normalmente tal descubrimiento es el resultado de la investigación de rasgos identificables o diagnósticos —casi siempre puntas de proyectil— y de una relativamente reducida inspección de la superficie y subsuperficie de los sitios. Los procedimientos no proporcionan una medida adecuada de la extensión de la diversidad, continuidad o discontinuidad cultural entre un sitio y otro, y mucho menos entre un área y otra. Así, casi siempre la continuidad cultural parece mayor en las etapas tempranas de la investigación del paleoindio en una determinada área, que lo que ella resulta ser cuando se dispone de más información y el registro arqueológico es mejor entendido.

Es necesario considerar que la migración es más probable que dé cuenta de sitios anómalos y de conjuntos totales de artefactos, que de la distribución

de un solo rasgo como la acanaladura. Si la migración fue un factor frecuente o de gran importancia, ella crearía más anomalías que las indicadas por los datos actuales. La difusión de un solo rasgo, por otra parte, es una mejor explicación para anomalías de fechamiento y para la distribución de los rasgos específicos.

Sin duda, mucho de este énfasis en la difusión de rasgos puede ser atribuido al engorroso esquema taxonómico de culturas de McKern, que los arqueólogos americanos todavía emplean con tanto vigor, el cual con frecuencia conduce a fijaciones tipológicas y a simplificaciones excesivas de los datos e interpretaciones. Este sistema ha forzado a los arqueólogos a confiar fuertemente en rasgos diagnósticos para conectar sitios del pleistoceno tardío, separados a menudo por grandes distancias, y a formular modelos simplistas de migración humana y continuidad cultural. Esto ha ocurrido a parejas con las enormes discrepancias que hay en el conjunto de los datos del pleistoceno tardío, incluyendo sesgos de muestreo, particularmente en Sudamérica, donde se han realizado pocos trabajos y pocas veces han sido informados cabal y sistemáticamente.

En retrospectiva, sobre lo que los arqueólogos del Nuevo Mundo han estado discutiendo no es tanto sobre modelos de migración y difusión, como modelos de distribución de estilos de punta de proyectil, derivados del excesivo énfasis en la reconstrucción de tipologías de artefactos y de períodos culturales, que presuponen el movimiento de seres humanos en tierras previamente deshabitadas. En efecto, todavía tratamos la cultura al estilo *Childeano*, esto es, como una unidad con una movilidad y distribución en tiempo y espacio potencialmente ilimitada. Peor aun, todavía tomamos un simple aspecto de una supuesta cultura —como el estilo de punta de proyectil—, y construimos un escenario de unidades móviles de población humana y de su distribución, modo de vida y desarrollo. A partir de esto, solemos hacer una aseveración explícita que no siempre es críticamente cuestionada: que la similitud estilística y espacial de un tipo de rasgo o de artefacto es la distribución material y espacial de una cultura y sociedad paleoindia real. Como antropólogos, sabemos que no es posible hacer una correlación directa entre un estilo de puntas y una sociedad particular (Weisnner). Y si un estilo particular no representa una sociedad, ¿cómo podemos representar una cultura?, ¿y si él no representa una sociedad, cómo podemos emplear tal estilo para estudiar la temprana migración y colonización humana del Nuevo Mundo?

Los especialistas en el paleoindio han mostrado normalmente poco interés y conocimiento antropológico en sus intentos de responder estas interrogantes, así como en abordar el problema de la migración humana. Más bien, han recurrido, sin crítica, a principios de ecología animal general para explicar la movilidad humana y la dinámica cultural. Aunque los conceptos ecológicos preconstruidos han sido validados por referencia a

datos diferentes de los de la arqueología, es nuestra tarea formular conceptos e ideas que puedan ser operativos tanto con datos antropológicos como ecológicos, y que al mismo tiempo tengan significado e interés real cuando son aplicados a la interacción humana en ecosistemas regionales.

De hecho, ha habido una casi perversa renuencia a considerar los procesos sociales y logísticos del movimiento humano, como los mecanismos demográficos y organizacionales, *sensu* Binford, 1980. Este tema ha sido rara vez encarado, incluso, por los más ardientes adeptos de los modelos de migración. En América del Norte, los arqueólogos han tratado de explicar los amplios conceptos a movimientos de población sobre la base de un modelo implicando el éxito de una "economía preponderante" —la caza de megafauna— una economía que es invocada, incluso, en áreas donde hay poca o ninguna evidencia de megafauna.

Es necesario plantear un último punto. Nosotros debemos recordar que el sitio arqueológico es la fuente primaria de datos para los arqueólogos. El sitio es nuestro informante. Las frecuentes discordancias y discrepancias (o falta de calce) entre sitios a menudo separados por vastas distancias e intervalos de tiempo, confrontan al arqueólogo con dos principales problemas: primero, como puede ser estimada la información cultural de diferentes sitios; y, segundo, como las más confiables, probables y correctas respuestas pueden ser inferidas y con qué grado de confianza. Nosotros debemos, en último término, medir nuestra confianza en inferir respuestas correctas a partir de cuestiones culturales. En la arqueología de alta tecnología practicada en la actualidad, muchas veces tendemos a interpretar la confiabilidad y validez de los resultados de acuerdo a la estabilidad y exactitud de las mediciones y de la información técnica, en lugar de recomprobar patrones culturales, consistencia interna y significado cultural. Pero el conocimiento técnico derivado de las llamadas "ciencias sólidas" no es suficiente. El más sólido de los datos sólidos es únicamente tan bueno como el significado que le asignamos. En último término, el arqueólogo debe retornar a la interpretación y al significado cultural.

Todo esto nos lleva al problema de ¿qué aspecto de un sistema cultural más amplio representa un sitio? No es posible observar ningún sitio dado como representativo de *toda* una cultura. Los sitios tempranos contienen información que es creada, almacenada y perdida. Las preguntas y modelos que aplicamos a los sitios individuales reflejan siempre solo parcialmente la cultura. Es decir, en el mejor de los casos, estamos muestreando sólo los más pequeños y coherentes segmentos de la combinación cultural total que constituye un sistema. Necesitamos, también, hacer una estipulación de la posible distribución desigual de las culturas entre los sitios que forman un sistema. Esto es particularmente cierto si consideramos el modelo de Binford de la organización logística, el cual se haya integrado arqueológicamente por varios tipos de sitios que probablemente representan diferentes

y complementarios modos de conducta. Aquellos sitios, como unidades organizacionales, tienden a ser coherentes y a persistir como una unidad limitada primordialmente a un aspecto de la cultura (e.g., talleres, campamentos, sitios de matanza). Así, cada sitio puede ser visualizado como teniendo un dominio de tareas asociado, que proporciona una forma de clasificación y operacionalización de los elementos en el patrón de la cultura. También es posible preguntar, más específicamente, ¿qué significado tienen los estilos de puntas de proyectil y rasgos específicos a través de todos los tipos de sitios y cuán representativos son ellos de una cultura? Claramente, la disyuntiva pasa a ser si colocar el énfasis en los sistemas, las tipologías o en ambos.

Afortunadamente, la arqueología no es la única disciplina en busca de una comprensión profunda de la dinámica de las poblaciones humanas tempranas. Recientemente, la lingüística histórica, la genética y la anatomía han entrado en el debate sobre la cronología y secuencia de las migraciones de los primeros seres humanos al Nuevo Mundo. Quizás, el trabajo más conocido es el de Joseph Greenberg, un lingüista de Stanford University, quien postula que la vasta mayoría de las lenguas aborígenes americanas derivan de una estirpe inicial que denomina Amerindia. Después de la lengua amerindia, hubo dos diferentes y más tardías estirpes, las que él piensa se quedaron en Norteamérica. Aunque muchos lingüistas no adhieren a esta hipótesis, los estudios genéticos de grupos indígenas contemporáneos y la morfología dental humana del registro de esqueletos de aborígenes americanos tardíos tienden a apoyar su división tripartita de la migración al Nuevo Mundo. Es aún demasiado pronto para decir si el modelo de Greenberg y sus colegas es correcto. Pero, independiente de esto, su modelo nos ha hecho más conscientes de la existencia de escenarios alternativos de migración humana, y en conjunto con los datos arqueológicos, nos ha proporcionado importantes nuevas sugerencias sobre diferentes aspectos de la naturaleza cultural y biológica de los pueblos que inicialmente vinieron a las Américas.

Desgraciadamente, está faltando evidencia directa de las características físicas y composición genética de estos pueblos. En realidad, las excavaciones en el Nuevo Mundo no han recuperado ni un sólo esqueleto humano confiable de edad Pleistocénica, cuestión que convierte a Norteamérica y Sudamérica en los únicos continentes en donde sabemos de una temprana presencia humana únicamente a través de trazas de artefactos y no por medio de esqueletos. ¿Cuál es la razón por la cual el registro de esqueletos humanos de este período es tan escaso? Una vez que se responda esta interrogante, probablemente se entenderán mejor otros aspectos controvertidos del problema del poblamiento.

Para concluir, hasta el momento existe escasa evidencia sólida que sugiera que los seres humanos ingresaron al Nuevo Mundo antes de hace

15.000 a 14.000 años. Dada la presencia de puntas acanaladas y trazas de artefactos humanos en numerosos sitios de Norteamérica y Sudamérica al menos alrededor de 11.500 a.P., es improbable que los pueblos Clovis fueran los primeros americanos en emigrar desde Alaska a Tierra del Fuego. Si fuera así, ellos habrían cumplido esta proeza en un tiempo increíblemente breve, quizás en unas pocas décadas o siglos, hazaña que convertiría a estas poblaciones en una de las más notables que hayan existido jamás en la historia humana.

BIBLIOGRAFÍA

- Ardila, G.I.** y **G. Politis**. "Nuevos datos para un viejo problema: Investigación y discusión en torno al poblamiento de América del Sur". *Boletín del Museo del Oro* de Bogotá, 1989, pp. 1-44.
- Bryan, A.L.** *New Evidence for the Pleistocene Peopling of the America*. Orono, Maine, Center for the Study of Early Man, 1986.
- Binford, Willow**. "Smoke and Dogs' Tails: Hunter-gatherer Settlement Systems and Archaeological Site Formation". *American Antiquity* 45:4, 1980, p. 20.
- Borrero, L.** "La Relación entre los primeros Cazadores Americanos y la Fauna Pleistocénica: Consideraciones Demográficas". *Actas II Congreso Argentino de Paleontología y Bioestratigrafía y I Congreso Latinoamericano de Paleontología*, Buenos Aires, tomo III, pp. 211-221, 1980.
- Castro, Victoria** y **C. Ocampo**. "Los primeros americanos. Un debate abierto". *Creces*, octubre, N° 10, 1988, pp. 6-12.
- Dillehay, T.D.** y **D.J. Meltzer**. *The First Americans: Search and Research*. Boca Raton, Florida, CRC Press, 1991.
- Dincauze, D.** "An archaeological Evaluation of the Case for Pre-Clovis Occupations". *Advances in World Archaeology*, vol. 3, F. Wendorf and A. Close (eds.), 1984, pp. 275-323.
- Haynes, C.V.** "The Earliest Americans". *Science* N° 166, 1969, pp. 709-715.
- Irving, W.N.** "Context and Chronology of Early Man in the Americas". *Annual Review of Anthropology* N° 14, 1985, pp. 529-555.
- Lynch, T.** "Peleoindians". en *Ancient South Americans*. J.J. Jennings (ed.). San Francisco, W. A. Freeman Co., 1983, pp. 87-137.
- Marshall, E.** "Clovis Counter Revolution". *Science*, 1991, pp. 738-741.
- Meltzer, D.J.** "Why Don't we Know When the First People Came to North America?". *American Antiquity* N° 54 (3), 1989, pp. 471-490.
- Schobinger, J.** *Prehistoria de Sudamerica*. Barcelona, Ed. Labor, 1969.
- Weisner, P.** "Style and Social Information in Kalahari san Projectile Points". *American Antiquity* N° 48, 1983, pp. 253-276.